

acompañan las han administrado mis manos. Y de este trabajo se precia, en la primera que escribe a los corinthios,<sup>3</sup> diciendo: trabajando y obrando de nuestras manos. Y a los de Tesalia<sup>4</sup> dice: ya sabéis, hermanos, nuestro trabajo y fatiga causada de trabajar de día y de noche. Y en la segunda añade:<sup>5</sup> no comemos el pan de balde; mas ganámoslo con el trabajo y fatiga de nuestras manos, así de día, como de noche. Y Cristo redemptor nuestro dice por San Lucas:<sup>6</sup> digno es el que trabaja del precio de su trabajo. Esto hacía este bendito lego, ganando el pan que comía con el trabajo de sus manos; porque para agradar a los que le hacían caridad y limosna, les correspondía con estas cestas muy lindas y curiosas. Era muy sufrido y siempre andaba revestido de paciencia. Era muy callado y miraba mucho por la honra de su prójimo, como se manifestó en muchas ocasiones, excusando todo cuanto podía descubrir cualquier defecto que de otro supiese. Era muy caritativo y mostraba esta caridad con los indios que tenía a su cargo, no sólo en buscarles de comer y lo necesario (como queda dicho), sino también acudiendo a sus particulares necesidades y en sus enfermedades curándolos y buscándoles los remedios en sus aflicciones. Por esto los indios lo reconocían por muy padre; y aunque los domingos iba del convento un religioso a decirles misa a Santa Marta, no era él el que los gobernaba, sino fray Francisco, a quien reconocían. Era dado a la oración y sacaba de ella la tolerancia de la trabajada vida que traía, porque era mucho el trabajo, poco el regalo y mucho menor el avío; porque como todo había de ser de limosna y no siempre hay limosneros faltaba lo necesario y nunca la necesidad, y siempre procuraba que no fuese a menos la obra que tenía a su cargo. En este ejercicio se ocupó más de veinte años; y aunque era mucho el trabajo hizo mayor su sufrimiento, ayudado de la gracia de Dios, a quien procuraba agradar y servir en todo. Murió santamente en el mismo convento de San Francisco de la dicha ciudad, a veinte del mes de julio del año de 1597, donde está enterrado.

CAPÍTULO LXXXII. *Que trata de otros varones apostólicos de estos tiempos que son dignos de memoria*



RAY MIGUEL DE RODORATE VINO de la provincia de Valencia y estuvo muchos años en esta del Santo Evangelio ocupado en su ministerio de confesar y administrar a indios y a españoles. De aquí pasó a la custodia de Tampico, enviado por la obediencia, donde se ejerció algunos años en el mismo ministerio, aunque después volvió a la provincia por causas forzosas que lo obligaron, donde como apostólico varón pasaba su vida, en grande mortificación de su cuerpo. Era muy templado en el comer

<sup>3</sup> 1. Ad Cor. 4.

<sup>4</sup> 1. Ad Tes. 2.

<sup>5</sup> 2. Ad Tes. 3.

<sup>6</sup> Luc. 10.

y no comía más que una vez al día; y desde el jueves, hasta el sábado, pasaba el viernes sin comer pan, ni cosa guisada; lo más que hacía era ir a la huerta y coger unas hojas de cardo santo, que son amargas como hiel, y las traía al refectorio y se las comía. Bien verá el que con ojos cristianos mirare este hecho que en ser la comida tan amarga y en día de viernes, que fue en el que Cristo estuvo enclavado en la cruz, por nuestros pecados, que sería a contemplación de la hiel que gustó en ella; y puédesse creer, porque era muy dado a la oración, y en ella le hacía muy particular gusto la memoria de la pasión de Jesucristo nuestro señor; jamás vagueaba por el convento donde moraba, ni salía de la celda, si no era para el altar y coro, o cosas de caridad del prójimo. Era muy pobre y usaba de muy poca ropa. Celaba la honra de Dios, como otro Finees,<sup>1</sup> y procuraba atraer a los pecadores a su servicio. Era humilde sobre manera y mostró esta humildad en muchas ocasiones que se le ofrecieron, en especial una vez que, descomponiéndose cierta persona con otra, fray Miguel rogó, con palabras blandas, al descompuesto, que se abstuviese de tanta cólera como mostraba; y la petición del siervo de Dios, que le había de reprimir por ser muy amorosa y blanda, le fue fuego, con que más se encendió; y vuelto contra él le trató mal de palabra, llamándole muchas veces de fingido y hipócrita. El santo fray Miguel, que vido que por caritativa amonestación y buena obra que le hacía le respondía con tanta soltura y libertad, postróse a sus pies y oyó con paciencia las malas palabras con que continuaba. Y bien pienso (según era de sufrido) que si el hombre descompuesto llegara entonces a darle una bofetada le volviera la otra mejilla, según la doctrina de Cristo,<sup>2</sup> para recibir en ella otra. Estábase en los cuartos de la oración, después de completas y maitines, una y dos horas; y era el primero que entraba en el coro a las alabanzas de Dios. Llegó a ser muy viejo; y casi sin conocersele enfermedad murió en el convento de Quauhquechollan, el año de 1609, a diez y seis días del mes de enero. Tuvo muerte muy particular y milagrosa, y allí yace su venerable cuerpo sepultado.

Fray Miguel de Estivales fue de nación vizcaíno, y en el estado secular fue soldado en el castillo de Tánger; y después de haber seguido la milicia algunos años pasó a las Indias, donde estuvo otros algunos ocupado en buscar dinero, como todos los demás (que es lo que a todos cuadra) y aunque llegó a tener algún caudal no era el que le henchía el vacío del alma, ni le cuadraba; porque como el alma es triangulada con las tres potencias, que son: entendimiento, voluntad y memoria, no es posible que ajuste al cuadro de las cosas del mundo, por no tener las líneas iguales el uno que el otro. Por esto la muy dichosa de fray Miguel fue conociendo que lo que más ajustado venía al triángulo dicho de su alma era solo Dios, que es triangular en tres divinas personas que son: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por esto, menospreciando todo cuanto la vida ofrece en la casa del mundo, lo dejó y se vino a la de Dios, tomando el hábito de mi glorioso padre San Francisco, en Mechoacan, siendo custodia de esta provincia del Santo

<sup>1</sup> 1. Mach. 2.

<sup>2</sup> Math. 5. Luc. 6.

Evangelio. En ella trabajó como varón apostólico, en especial en la parte de Xalisco, en compañía del santo fray Francisco Lorenzo, andando entre los indios infieles, trayéndolos de paz y fundándoles pueblos en las partes más seguras y capaces de la serranía, por donde andaban como en la vida del dicho fray Francisco diremos en el libro que se sigue. Era fray Miguel muy austero y penitente, nunca bebió vino, sino fue pocos años antes de su muerte, y esto era muy poco luego por la mañana, para poder acudir al trabajo del día; porque era ya hombre de más de 80 años, en los cuales jamás dejó de seguir el tesón de sus ocupaciones y cuidaba de la huerta del convento y cavaba en ella como si fuera mancebo de poca edad. Era pobrísimo y vestía muy vil y despreciadamente. Era muy dado a la oración y nunca faltaba de ella; y aunque por alguna causa faltase alguna vez el cuarto de completas en la casa donde estaba, jamás lo dejaba él ni pervertía en sus ejercicios el orden de sus devociones. Sucediéronle algunos casos particulares de visiones que Dios quiso que viese por las cosas secretas que él se sabe; de los cuales fue uno éste: viviendo en Mechoacan, siendo custodia, tuvo estrecha y particular amistad con otro religioso sacerdote de su mismo espíritu; y entre otras condiciones que en ella tenían profesadas fue una que el que de los dos muriese primero se le apareciese al otro, si así fuese la voluntad de Dios y le dijese el estado en que en la otra vida estaba. Sentada esta condición y promesa vínose fray Miguel a esta provincia y el amigo quedóse en la de Mechoacan. Y pasados muchos años, después de ausentes, sucedió que morando fray Miguel en el convento de Tlaxcalla con el padre fray Francisco de Lenguarte, que era guardián del dicho convento, un día de Cuaresma, casi a la puesta del sol, estaba el dicho fray Miguel en el refectorio, poniendo en la mesa el poco de pan y fruta que los religiosos habían de hacer colación. Y sacando agua de una tinaja que estaba a la entrada de él, le pareció al bendito lego que a sus espaldas había entrado un religioso dentro y metídose en la oficina donde están las cosas del proveimiento y servicio de la mesa creyó ser uno de los religiosos del convento y que entraría a satisfacer alguna necesidad para alivio del cansancio del día, que por ser cuaresma y ellos pocos, y los indios muchos, era el trabajo inmenso. Aguardó fray Miguel un poco, entendiendo ser así verdad que estaba dentro para cerrar la puerta; y viendo que se tardaba llamóle por su nombre; pero como no salía entró dentro, y no viendo a nadie creyó haber sido alguna ilusión de su engañada fantasía. Esta misma noche, después de maitines como lo tenía de costumbre, se quedó en el coro después de haber salido los demás frailes a rezar prima en sus celdas para irse al confesonario a comenzar las confesiones, porque en aquellos tiempos las comenzaban dos y tres horas antes del día. Y estando solo el lego vido que de un rincón de él salió un fraile muy compuesto, cogidas las manos y puesta su capilla y el rostro encendido, que se iba para él; al cual conoció con la claridad del fuego que de su cara salía y vido ser el religioso amigo con quien en Mechoacan había dejado hecho el concierto; pero como le cogió de repente y desapercibido se turbó en verle; y aunque quiso preguntarle quién era y qué quería, no acertó y fué-

sele alejando hacia el antepecho del mismo coro y allí se le desapareció. Salió turbado el lego y fuese a la celda del guardián y contóle lo que había pasado; el guardián, que era prudente, no se alteró, antes animando a fray Miguel le dijo: que si otra vez lo viese lo conjurase de parte de Dios para que declarase la necesidad que tenía. Pasóse este día, y venida la noche del siguiente iba fray Miguel al coro a encender la lámpara que de noche arde y sirve de alumbrar el Santísimo Sacramento; y al salir por la puerta alta del dormitorio al claustro se encontró otra vez con él y casi le dio en el rostro con la llama de fuego que salía del difunto de que se turbó mucho más que la primera vez; y volviéndole las espaldas la visión se fue con paso presuroso por el paño del claustro que corre hacia la sacristía; y aunque lo siguió, sacando ánimo del temor que había cobrado, no atinó con las palabras que el guardián le había dicho, y así no tuvo ningunas eficaces con que obligarle a que se detuviese, y de esta manera se le desapareció. Conoció de cierto ser su amigo y creyó ser ya difunto y encomendólo a Dios con muy particulares oraciones y disciplinas, y el guardián (a quien dio luego cuenta de todo) hizo lo mismo, con todos los otros religiosos del convento. Otro día, andando cuidadoso fray Miguel, pareciéndole que el alma de aquel religioso debía de estar en necesidad, fuese al coro a la hora de la siesta, para encomendarlo a Dios, en presencia del Santísimo Sacramento, y estando rezando por él vídolo estar en el altar mayor, vueltas las espaldas al coro, arrimado a las barandas que entonces el altar tenía, y con la misma compostura que las dos veces antes. Salió con priesa por irse a ver con él y halló la puerta cerrada por donde entran a la iglesia; y no pudiendo entrar se volvió al coro y no lo vido, ni nunca más le apareció. Encomendólo a Dios con mucho cuidado de allí adelante, por mucho tiempo, y haciendo diligencia después supo cómo era ya difunto cuando se le apareció, y aunque era religioso de mucha virtud y religión, como en el tribunal de Dios se hila tan delgado, y en él apenas el justo se salva, como dice San Pedro en su *Canónica*,<sup>3</sup> porque por muchas tribulaciones se ha de entrar en los cielos, según se dice en los *Actos de los apóstoles*,<sup>4</sup> la vida del hombre, aunque parezca muy justificada, tiene algunas motas que nunca se esconden a los ojos limpidísimos de Dios, y toda nuestra justicia, como dice el Profeta,<sup>5</sup> es como paño sucio y ensangrentado de la mujer enferma; por lo cual hemos de creer y tener por cierto que muchas cosas no están abastecidas de justicia, ni son tales que merezcan nombre delante de Dios y por esto las purifica por los modos y medios que él se sabe, para que cuan lo parezca en su gloria no lleven falta que pueda notarse; y sería así que las que este honesto religioso había hecho aunque tuviesen la satisfacción que llega a merecer la gracia por la cual se hacen los hombres dignos de Dios, no tuviese toda la limpieza en lo venial y circunstancias que excusan de purgatorio; y que por esta causa se lo hubiese dado Dios en la forma y manera que fray Miguel lo había visto, queriendo mostrar en esta

<sup>3</sup> 1. Petri 4.

<sup>4</sup> Ac. Apost. 24.

<sup>5</sup> Isai. 64.

visión que limpiaba el difunto del moho de lo imperfecto y amonestaba al vivo, la perfectísima observancia de sus obligaciones.

Estando en Mechoacan, en la ciudad de Tzintzontzan, vido una vez, que su guardián estaba dando la comunión a ciertas personas que comulgaban, cómo había volado una forma del altar e ídose a la boca de una mujer que no comulgaba (como decimos en otra parte), de lo cual dio noticia al sacerdote que decía la misa, y se verificó luego allí el milagro. Era este bienaventurado lego muy espiritual y huía todas las conversaciones ociosas. Llegó a edad decrepita, aunque siempre conservándole Dios la entereza del juicio. Murió en el convento de Tlaxcalla con las muestras de santidad que había vivido. Cuando le enterraron concurrió todo el pueblo sin ser llamado y le rompieron todo el hábito con que iba amortajado, llevando de él, cada cual lo que podía, por reliquia; y aunque le vistieron otro aconteció lo mismo; y de otro, o otros dos, sucedió otro tanto; y así lo enterraron como pudieron, sin aguardar ya más estruendo y rumor del que se había levantado. Murió en doce días del mes de septiembre del año de 1599. Fue la conversión de este religioso la muerte de fray Antonio de Cuéllar, como en ella se dirá, por haberse hallado en el pueblo donde lo martirizaron.

Fray Fernando del Valle fue de nación gallego. Tomó el hábito ya de más de cuarenta años de edad, en el convento de San Francisco de Mexico; y la hacienda que en el siglo había adquirido, la dejó a una hija, que dejó en él. Y como hombre, que todo lo dejaba por amor de Dios (como dijo San Pedro a Cristo)<sup>6</sup> no trató en la orden, de más de tener al mismo Dios por premio, procurando, con obras buenas, y santas, que se verificasen en él sus palabras, que dicen: Vosotros, que dejásteis todas las cosas, y me seguisteis, recibiréis ciento por uno, y poseeréis la vida eterna. Fue muy pobre en la religión, y seguía, con grande perseverancia, las comunidades; y todo el día (como la obediencia no le ocupase en alguna obra de sus manos) no se le caían de ellas las cuentas, y siempre andaba rezando. En el coro era muy ferviente en la oración, y nunca faltaba de maitines. Moró siempre en el convento de San Francisco; y tenía a su cargo, el reparo de todos los terrados de la casa, que era un trabajo insufrible, y los tenía tan limpios, y tan asentados (con ser todos de tierra) como si fueran encalados, muy bruñidos. Era muy sufrido, y vestía muy pobremente. Tenía mucha caridad, en especial para con los mancebos de la orden; porque como mozos, tienen algunos más necesidades del estómago, que los otros más hechos a la vida monástica. Por esto solía traer, cuando iba fuera, alguna cosa de comer, que les daba, diciendo, que aquellos eran los necesitados, por ser los más encerrados de la orden. Pedía, a su tiempo, limosna de trigo, para el convento, y recogía mucha cantidad; porque le tenían por santo, los que se la daban, porque su exterior era de grandísimo ejemplo. Quitóse Dios la vista de los ojos en su última vejez y estuvo sin ella algunos años, hasta que murió; en el cual tiempo, como ya no tenía ojos para ver, no

<sup>6</sup> Math. 19.

tenía oficio ninguno en casa y todo el tiempo de día y de noche lo gastaba en rezar y llorar a sus solas, y con tanto tesón que admiraba la devoción de su alma. Bien pienso yo que le quitó Dios los ojos corporales porque con los del alma viese mejor las culpas que en el estado secular había cometido y los defectos con que había vivido; para que puestos delante de la consideración los llorase él antes que Dios llegase a ponerse los en la sala de su tremendo juzgado; como refiere David<sup>7</sup> que dice este mismo señor al olvido de sus culpas: argüírte he y ponerte he a los ojos los pecados que tú has traído con olvido a tus espaldas. Bien tuvo tiempo este bendito varón de conocerlas, en especial en este tiempo de su ceguera, y de alcanzar perdón de cualquier yerro que contra Dios hubiese cometido. Porque siendo verdad (como lo es) que haciendo penitencia el malo y pecador, como lo dice por su profeta Ezechiel,<sup>8</sup> de sus culpas y pecados, y guardando la justicia de Dios, que vivirá vida y no morirá; y que de todos los pecados que hubiere hecho y cometido no se acordará más, y que vivirá en la justicia que hubiere hecho; cierto es que habiéndola guardado este bendito lego con muchas y muy buenas obras que le vimos hacer en la orden que le haría merced; y así tengo para mí que el quitarle la vista fue misericordia que con él usó para hacerle padecer en aquel trabajo algún purgatorio que por remisiones, omisiones y comisiones, debía de ser a cargo a las cuentas que con Dios tenía. Murió con grande olor de santidad en el mismo convento de San Francisco de Mexico, a ocho de agosto del año de 1603.

CAPÍTULO LXXXIII. *De otros varones bienaventurados de esta provincia del Santo Evangelio*



RAY FRANCISCO XIMÉNEZ, LEGO, era natural de Guadalcanal y pasó secular a estas Indias, y en Mexico vivió algunos años donde fue casado y tuvo hijos; uno de los cuales tomó el hábito de mi padre San Francisco en la provincia de Mechoacan, llamado fray Pedro Ximénez, gran lengua tarasca; otro se quedó con él en el estado secular en que vivía; y muerta la mujer sucedió que el hijo que le había quedado se atravesó con otro, y viniendo a las manos salió el padre a defenderle y mató al contrario. Fue medio éste para perder su hacienda y venirse a la religión. Era de condición muy recia y mal sufrido; pero luego que tomó el hábito de nuestro glorioso padre San Francisco, en su Convento de Mexico, como otro Saúl,<sup>1</sup> fue mudado en otro varón. Era hombre mayor, y luego en la casa de Dios comenzó a disponerse para servirle, no comiendo el pan con ociosidad, como dice el Espíritu Santo,<sup>2</sup> de la otra mujer hacendosa. Comenzó luego a darse a la oración y en ella aprovechó de manera que ya la

<sup>7</sup> Psal. 49.

<sup>8</sup> Ez. 18.

<sup>1</sup> 1. Reg. 10.

<sup>2</sup> Prov. 31.